

BROTOS VERDES

Las comunas rurales de los años 70 en España

Alberto Berzosa Camacho

Universidad Autónoma de Madrid / alberto.berzosa@uam.es

<https://dx.doi.org/10.5209/revi.94453>

Resumen

El objetivo de este texto es analizar la importancia de los enfoques aportados por el ecologismo en el ámbito ideológico y en la práctica de oposición durante la transición española a partir del marco de estudio que ofrecen las comunas rurales. Para ello, se estudia la evolución de los imaginarios en torno a este modelo comunal, desplegados en dos revistas de referencia del contexto contracultural de finales de los años setenta, *Ajoblanco* y *Alfalfa*, así como en algunos libros publicados por activistas ecologistas de referencia a comienzos de los ochenta. A través de este enfoque, el artículo se interroga por la persistencia del compromiso con las cuestiones ecológicas en los grandes movimientos sociales de la España contemporánea desde el fin de la Dictadura en adelante, al tiempo que subraya la necesidad de explorar en profundidad episodios de la historia reciente que permitan enriquecer los relatos relacionados con la cultura visual y la memoria de los movimientos sociales en el Estado desde una perspectiva ecologista.

Palabras clave

Comunas rurales, movimiento ecologista, contracultura.

1. Introducción

El ecologismo, como expresión política autónoma, aparece en España en la década de los setenta como parte de la movilización social que toma fuerza en la clandestinidad y desborda las calles en la primera parte de la Transición, con una diferencia de alrededor de diez años respecto a otros países europeos y a Estados Unidos. El camino que condujo del último franquismo a la democracia parlamentaria en España dejó ver una gran cantidad de movilizaciones ecologistas, desde las primeras manifestaciones en 1974 contra los planes para urbanizar la playa de El Saler (Valencia), hasta las protestas populares que forzaron la paralización de los planes para construir plantas nucleares en distintos lugares del Estado, como Xove (Galicia) en 1977 o Vandellós (Cataluña) en 1984, por citar solo algunos ejemplos. El activismo ecologista fue condicionando poco a poco los imaginarios y las prácticas de muchos sectores políticamente activos

entonces. Durante aquellos primeros años, las ideas ecologistas tuvieron una especial acogida en los espacios culturales de influencia libertaria, pero no fueron los únicos. Puede mirarse también en dirección a cierta izquierda radical y alternativa, en especial, al círculo del marxista Manuel Sacristán o al componente ecologista de muchas reivindicaciones nacionalistas andaluzas, gallegas, vascas o catalanas, para constatar la variedad de espacios de gestación del ecologismo en los setenta en España. Además, el ecologismo político en la Transición tuvo un espacio propio en forma de complejo entramado asociativo, disperso en términos territoriales e ideológicamente heterogéneo, pero que sirvió de base sobre la que se terminó articulando el activismo ecologista que llega hasta la actualidad. Algunas instantáneas de este pueden verse ya en trabajos tempranos como *Para una historia del movimiento ecologista en España* (1980), de Benigno Varillas y Humberto da Cruz, en el clásico de Joaquín Fernández, *El ecologismo español* (1999), y de manera más actualizada en la tesis doctoral de Julio López Ruíz titulada *El ecologismo político en España: de la crisis ecológica a la acción política* (2012).

A pesar de tanta diversidad, resulta difícil negar que, al menos en un principio, fueron las revistas y fanzines del espectro ideológico libertario las que sirvieron de espacio privilegiado para la exposición de los planteamientos ecologistas, la circulación de noticias, la traducción de textos de referencia en el extranjero y el avance de los principales debates en nuestro país. La fuerza con la que el componente ecologista nutrió el caudal teórico y estético libertario puede constatarse a través de dos de las publicaciones de referencia del periodo producidas desde Barcelona, *Ajoblanco* y *Alfalfa*, donde las diferentes plumas del ecologismo político hispano y extranjero encontraron cabida. En este texto se presta atención al modo en que las nociones del ecologismo político se filtran en estas revistas, a partir del caso concreto de las comunas rurales, para tratar de poner en valor el calado político y la novedad de los enfoques que desde el ecologismo se aportaron al ideario y la práctica contestataria en la Transición. En la coyuntura actual de crisis climáticas y energéticas sistémicas, que obligan a reconfigurar los escenarios políticos con relación al modo de pensar nuestra relación con las instituciones, a las formas de organización y movilización social y a las metodologías y procesos de investigación académica, el objetivo fundamental de este ensayo es doble. Por un lado, se busca llamar la atención sobre el continuo hilo verde que une los grandes ciclos de movilización social de la España contemporánea desde la Transición hasta el presente. Por el otro, se pretende reivindicar la importancia de desplegar lecturas a contrapelo sobre episodios de nuestra historia reciente que faciliten la tarea de ecologizar los relatos de la cultura visual y la memoria de las movilizaciones sociales en el Estado español.

2. Comunas rurales, memoria en disputa

Las comunas rurales en España han sido foco de atención de especialistas de diversas disciplinas desde los años ochenta, cuando aún era incipiente el movimiento de los neorrurales, acepción con la que, en términos generales, se define a quienes migran de la ciudad al campo de manera voluntaria. Trabajos como los de Santiago Martínez Illa (1986) o Joan Nogué i Font (1988) fueron pioneros en España a la hora de estudiar este fenómeno, bajo el que eventualmente se engloba también a las experiencias de las comunas rurales, como una de las fórmulas más usuales de la migración hacia el campo, junto a la familia nuclear y a la comunidad (Rodríguez Eguizabal y Trabada Crende 1991).

Algunos autores, como Martínez Illa (1987), conectan la marcha al campo desde las ciudades con las migraciones utópicas, como las que atraviesan la historia del judaísmo, por ejemplo, los retornos utópicos al estilo de Platón, Tomás Moro y Jean-Jacques Rousseau o los experimentos de vida comunitaria en el campo de los socialistas utópicos en el siglo XIX. Pero, sin duda, los antecedentes más inmediatos de las comunas rurales de los años setenta en España se encuentran en los espacios contraculturales de Estados Unidos y algunos países europeos durante la década anterior, vinculadas a experiencias cercanas al movimiento *hippy*.

Según Nogué i Font, en España las comunas rurales de los años setenta evolucionaron en dos etapas, en una réplica del mismo proceso que en Alemania, Francia o EE.UU. se dio con una década de antelación: un primer periodo politizado bajo el signo del anarquismo, que duró entre 1976 y 1979, y un segundo momento, a partir de 1978-79 en adelante —aún en curso en 1988, cuando Nogué i Font escribió su artículo—, de consolidación del movimiento migratorio hacia el campo, en el que las cuestiones ideológicas pierden peso en detrimento de las razones personales, religiosas y espirituales (Nogué i Font 1988). En este cambio, el autor identifica al ecologismo que inspira, según él, el abandono de las ciudades en los ochenta como la causa general de la despolitización en las comunas (Nogué i Font 1988). Aunque a nuestro modo de ver esta reflexión no sea acertada, puesto que, como se sustenta a lo largo del texto, el ecologismo es uno de los anclajes teóricos y prácticos que radicalizan dicha práctica, el modo en que se evidencia una separación entre el anarquismo —que es el espacio ideológico con el que este y otros autores vinculan la politización de las comunas— y el ecologismo es interesante, dado lo soluble de los discursos ecologistas en los espacios libertarios. Al apreciar de esta manera el ecologismo como algo lejano a la politización anterior, se evidencia, desde nuestra perspectiva, la invisibilidad del ecologismo como agente político en parte de la bibliografía sobre movilizaciones sociales en la Transición.

Otros autores, como Ángel Blas Rodríguez Eguizabal y Xosé Elías Trabada Crende (1991), sí otorgan, al contrario, un papel ideológico central a las motivaciones ecologistas a la hora de tomar la decisión de marcharse al campo. El militante ecologista Agustín Montero, presidente de la Asociación Artiborain y participante en procesos comunales rurales desde 1980, se expresaba con claridad en esta dirección en una entrevista, al afirmar que la vida en las comunas consiste en “poner en práctica las lecciones que el ecologismo lleva años proponiendo”, es decir “reducir, reutilizar, reciclar y recuperar los recursos, la soberanía alimentaria, democracia participativa, comunizar y cooperar” (Muñoz de Bustillo 2017). En esta línea podemos ubicar las valoraciones del papel del ecologismo que aparecen en aproximaciones más recientes, como el trabajo del investigador Luís Toledo Machado (2023) o David Beorlegui Zarranz (2016)¹, entre otros.

Lo que a nuestro modo de ver resulta realmente relevante en estas discusiones es comprobar cómo el componente ecológico de las comunas rurales es un factor en disputa y no sólo entre los estudiosos del fenómeno neorrural. También está presente en los equilibrios culturales y políticos detrás de los procesos de recuperación de la memoria que se llevan a cabo desde hace tiempo por una parte de los protagonistas de la contracultura de la Transición, representada de manera paradigmática por Pepe Ribas, fundador de la revista *Ajoblanco*. A través de sus libros, artículos e intervenciones, Ribas ha revisado la historia de aquel momento como una realidad que orbita alrededor del movimiento libertario ajoblanquista, ya sea para recordar las comunas, el ecologismo, la liberación sexual, el movimiento vecinal o la antipsiquiatría. En una exposición de 2021 titulada *L'underground i la contracultura a la Catalunya dels 70*, que él mismo comisarió en el Palau Robiri de Barcelona, Ribas abrió su archivo y el de otros compañeros de generación para contar a través de un espectacular montaje el relato sobre la contracultura de los años setenta en Cataluña. Se trataba del que ya había evocado en sus memorias *Ajoblanco. Los 70 a destajo* (2007), que casi quince años después permanecía impermeable ante los descubrimientos y aportes de otros historiadores acerca de este periodo, pero esta vez organizado a modo de *display* expositivo. Allí se veía de forma clara cómo la movilización social y cultural de los setenta en Cataluña se explicaba a través de las diferentes secciones de *Ajoblanco*. Las comunas rurales eran una cosa, el naturismo otra y el movimiento ecologista otra distinta; sin cruces entre ellas, ni contaminaciones, ni ecos, más allá del aglutinante de la sensibilidad libertaria de la contracultura, que es la lente con las que se ha contado su historia una y otra vez. Lo que se quiere señalar con este ejemplo es que se producen, continuamente y desde diferentes lugares, tensiones discursivas con fondo ideológico a la hora de articular la memoria de la Transición y que, en este proceso, hay espacios culturales que han logrado abrirse un hueco en las políticas memorialistas con suficiente autonomía, como el feminismo, pero hay otras

cuya capacidad de construir discurso desde su propio espacio de memoria ha sido menor. Es el caso, en general, del ecologismo y, en particular, con relación a su historia dentro de las movilizaciones sociales y la contracultura de los años setenta, como ejemplifica aquí el caso de las comunas rurales, que rara vez, si ha habido alguna, han sido reivindicadas por algún historiador o especialista como parte de la memoria del ecologismo español, a pesar de que existen motivos para ello provenientes fundamentalmente de dos lugares: de la revisión con lentes ecosociales de las fuentes habituales sobre las comunas rurales y de la utilización de nuevas fuentes, documentos y testimonios ecologistas sobre el asunto.

3. Hacia el pragmatismo ecologista

Durante los años setenta y ochenta las comunas rurales constituyeron una fórmula entre la utopía y la práctica que surgió como alternativa al modelo de sociedad dominante en términos de modos de convivencia, socialización y producción. Aunque también existieron comunas urbanas, irse al campo era una opción con valores añadidos, algunos de orden romántico. La ocupación de un terreno, su alquiler o incluso la compra para plantar allí una semilla de otro tipo de sociedad, romper las jerarquías y dependencias familiares, realizarse como individuos y como colectivo, luchar contra las constricciones y tabúes sociales después de casi cuatro décadas de franquismo, y todo ello en estrecho vínculo con la naturaleza —retomando muchas veces además las formas tradicionales del trabajo en el campo—, era la manera más a mano de experimentar la utopía. Otros tenían un sentido más pragmático: en el campo el terreno era más barato y más fácil trabajar en grupo. Además, al estar más aisladas, las comunas rurales facilitaban la construcción controlada de un entorno de confianza entre sus miembros y era menos probable recibir visitas de personas rebotadas de otras comunas que, como afirma Paul Malvido en *Nosotros los malditos*, era uno de los factores habituales de desestabilización de las comunas urbanas (Malvido 2004).

En las fuentes contemporáneas al primer desarrollo de las comunas rurales en los años setenta, como *Ajoblanco* y alrededores, se aprecia un tono general de idealismo en relación con su funcionamiento y con la operatividad del modelo, que, no obstante, se desmoronó rápidamente cuando comenzaron a llegar las primeras decepciones. Lejos de la arcadia original, las comunas pronto se evidenciaron como un camino de aprendizaje lleno de baches, frustraciones políticas y personales y penurias materiales, en las que surgían muchas contradicciones. Según estas mismas fuentes, en la evolución de las comunas de aquella época parecen dibujarse dos momentos diferentes que coinciden con la clasificación temporal clásica recogida por Nogué i Font, pero que dejan ver nuevos

matices en cuanto a su evolución y contenido. El primero, más inocente y experimental, se sitúa alrededor de las comunas de Pau Riba y Mercé Pastor en Tibidabo y Formentera (Ribas y Casanovas 2021) y la comuna fantasma de Badajoz, de la que hay muy pocos datos y escasos testimonios, pero que, según los “rumores y vaguedades” al respecto que recoge Pepe Ribas (1980: 29-30), tuvo su apogeo alrededor de 1975, cuando llegó a contar con doscientos comuneros y sirvió de inspiración al resto de comunas de Castilla. De acuerdo con la periodista Lola Galán en una información recogida en *El País* en 1978, desde mediados de la década el fenómeno se extendió por toda España: el Bajo Aragón, el País Valenciano, Asturias, las Islas Baleares, Extremadura y Castilla La Mancha —la Vieja—, pero especialmente en Cataluña. Y, poco a poco, en ellas se fue produciendo un cambio en los valores y en las prioridades de los comuneros (Galán 1978).

Como cabría esperar por la dispersión territorial y la escasa articulación del movimiento comunal —a pesar de iniciativas pioneras como las de la plataforma Tricoco, coordinada por Pau Malvido—, esta transformación se produjo a diferentes velocidades y con lógicas muy diversas. En el “Dosier Comunas”, publicado en 1977 por la revista *Ajoblanco*, ya se aprecia este cambio de mentalidad. El aire de desencanto queda claro desde la introducción donde se afirma que “[h]oy sabemos que la palabra misma Comuna está harto desprestigiada y confusa” (Anónimo 1977: 29) y, más adelante, que

[l]a emigración al campo está perdiendo el aire místico e idealista del principio. Aquella aventura que era marchar tres, cuatro o cinco personas a vivir juntos en masías destartaladas con los campos y huertos sin cultivar desde años, cuatro trastos, mucha fe y unos conocimientos vagos y confusos sobre agricultura está terminado. Empieza una nueva época. Ha terminado la huida de la ciudad. Si marchamos es para crear una nueva forma de vida. (Anónimo 1977: 29)

Se formula así un escenario en el que se llama a lidiar con las contradicciones, a aprovechar las enseñanzas de las experiencias pasadas e incluso se invita a apoyarse en el sector financiero capitalista para conseguirlo, ya que “[t]res o cuatro Ha., entre todos, no son tan complicadas de pagar. Los bancos dan crédito de hasta 300.000 pelas sin grandes complicaciones” (Anónimo 1977: 35).

El dossier de *Ajoblanco*, además, resulta de interés desde un punto de vista visual por el modo sistemático en que se incorporan las ilustraciones de Sally Seymour, artista y activista ecologista británica, quien, junto con su pareja, el escritor y también militante John Seymour, publicó varios libros sobre autogestión y vida en el campo. Entre ellos, su obra más conocida fue *The Complete Book of Self-Sufficiency* (1976), que en su primera edición fue prologado por E. F. Schumacher, autor de uno de los libros de cabecera

del ecologismo de aquellos años, *Small is Beautiful* (1973). La idea de vivir de manera más simple haciendo uso de los saberes tradicionales y tecnologías sencillas vinculan a los Seymour y al economista alemán. La traducción española de aquel volumen llegó a través de la editorial Blume en 1979 con el título *Guía práctica ilustrada para la vida en el campo*, y es precisamente de este libro de donde proviene la mayor parte de las ilustraciones utilizadas por *Ajoblanco* en el dossier [Figs. 1 y 2]. El libro fue además un faro para quienes marcharon al campo entonces, como recuerda de nuevo el ecologista y comunero Agustín Montero (Muñoz de Bustillo 1978). El tipo de dibujo de Seymour, entre el grabado y a la ilustración de cuento infantil, de colores alegres y caligrafía impecable ofrece visiones serenas, armónicas y humildes de la vida en el campo, muy distantes de las ilustraciones más habituales de aquellos años en publicaciones de la contracultura, que contribuían al desarrollo de imaginarios ecologistas en negativo, sobre catástrofes ambientales y desastres nucleares. Los dibujos de Seymour, al contrario, suelen ponerse al servicio de visiones constructivas y creativas de futuro, que conectan la utopía ecologista con una ingenuidad pastoral desde lo estético y una ética del trabajo manual, del campesino comunero en su granja, que mantiene a distancia la imaginación distópica [Figs. 3 y 4].

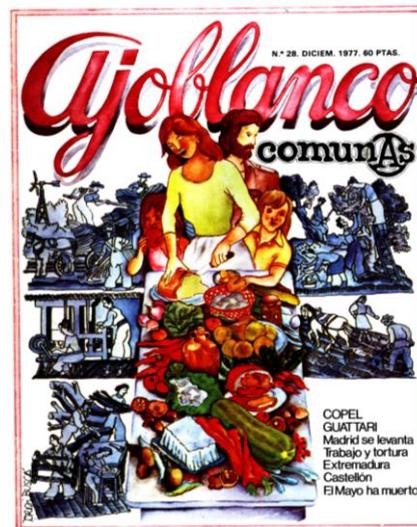
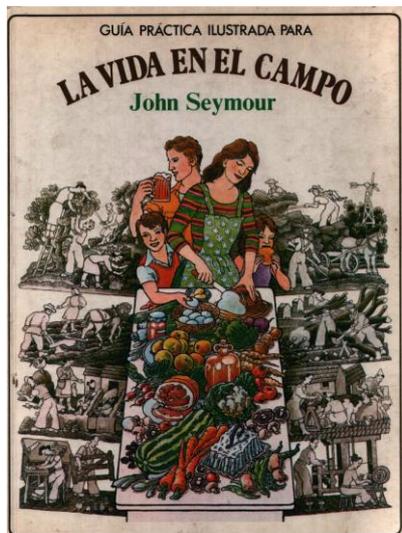
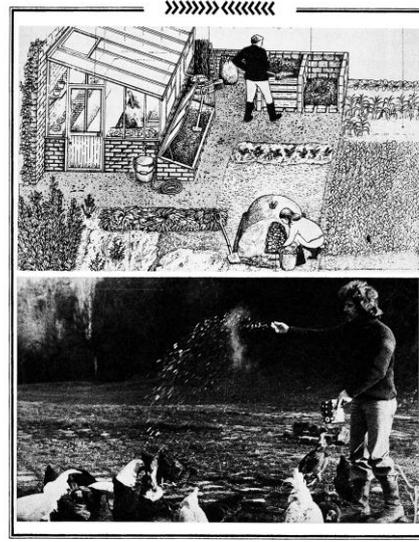
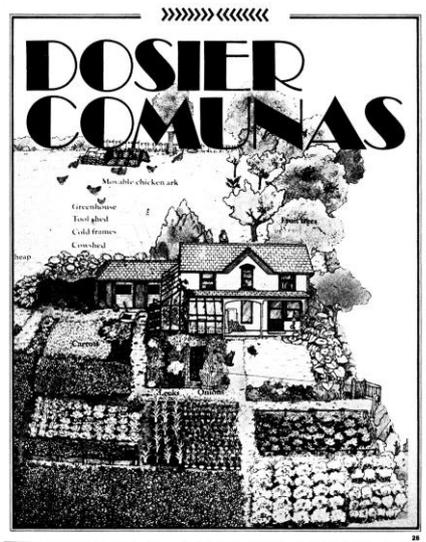


Fig. 1: Portada de la edición en castellano del libro de John Seymour.

Fig. 2: Portada del número 29 de *Ajoblanco* de 1977 en el que se incluye el "Dossier Comunas".



Figs. 3 y 4: Los dibujos de Sally Seymour y las fotografías que componen los imaginarios ecologistas de las comunas rurales en el "Dosier Comunas".

Más allá del especial de las comunas, los dibujos de Sally Seymour fueron empleados en reiteradas ocasiones para ilustrar distintas noticias de tipo ecologista, del mundo rural o, en términos más amplios, de crítica al desarrollismo tanto en *Ajoblanco* como en *Alfalfa*, publicación de corte ecologista hermana de la primera. En ellas se generó un entramado visual en el que estas ilustraciones en positivo convivían con viñetas de cómic *underground* que, entre lo caricaturesco y el dibujo más agresivo y feísta, confrontaban en tono distópico la placidez del clasicismo seymouriano; con ilustraciones técnicas de tipo sintético que pretendían orientar a los lectores a modo de manual de instrucciones acerca de cómo construirse sus propios kits de supervivencia en el campo; y, por último, con todo un surtido de fotografías y *collages* que abrían hacia espacios de las vanguardias artísticas y de visiones de tipo documental el variado marco de los imaginarios ecologistas que acompañaban las informaciones sobre y alrededor de las comunas rurales en ambas publicaciones.

En relación con la evolución de la sensación de fracaso del primer momento comunero, el cambio resulta un hecho consumado en el texto "Apuntes comuneros: la comuna armada como alternativa" que Pepe Ribas incluyó en su libro *¿De qué van las comunas?* (1980). En él, el impulsor de *Ajoblanco* hace autocrítica del espontaneísmo y llega a afirmar, en un alarde de sentido práctico —o en un ejemplo de pirueta a la hora de navegar contradicciones— similar al que sugería levantar comunas recurriendo al crédito bancario, que, si hay personas que puedan lastrar el desarrollo de la comuna,

conviene echar(las) enseguida porque han pasado los tiempos en los que jauja, la evasión y el psicodelismo justificaban en gran parte el movimiento comunal. La comuna, en cuanto alternativa social, tiene un fondo político trascendental, ya he dicho que los comuneros deben ser guerrilleros, deben ofrecer una alternativa práctica y viable al capital. (Ribas 1980: 102)

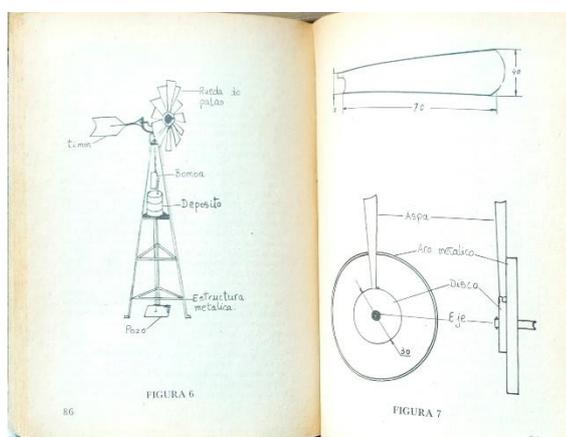
En esta clave que, por oposición al momento anterior, cabe entender como más pragmática, Ribas define además códigos de buenas prácticas para la operatividad de las comunas que subrayan la importancia de establecer turnos para la gestión de las tareas hogareñas, de celebrar asambleas de control o de organizar los trabajos diarios en cooperativas.

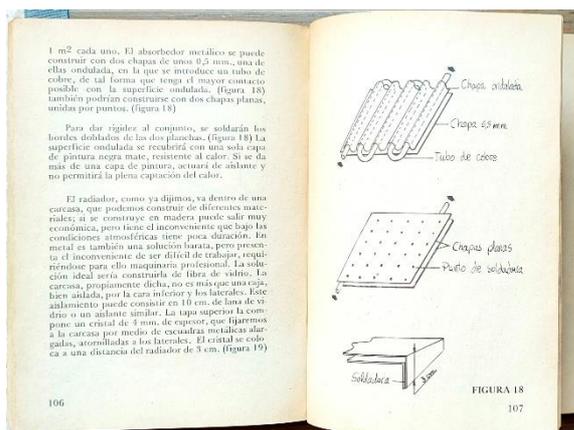
En paralelo al giro pragmático hacia un desarrollo menos idealista, pero no menos ideológico, de las comunas rurales que se aprecia en el espacio libertario, el ecologismo político fue cobrando relevancia pública. Se redactaron manifiestos y se formaron agrupaciones por todo el territorio español, varias de ellas incluso formularon la posibilidad de construir una federación ecologista a nivel estatal en 1977. Y a hombros del movimiento antinuclear el ecologismo cobró una presencia notable entre las movilizaciones de base que impulsaron la Transición. Todo ello hizo que las reflexiones de la ecología política aumentaran y surgieran espacios culturales desde los que difundir estas ideas, ya sea en el cine, con la distribuidora alternativa Central del Curt (Berzosa, En imprenta), mediante las diversas publicaciones periódicas aparecidas entonces, como *El Ecologista* o *Userda*, por ejemplo, o en editoriales como Blume, Miraguano, Edicions 62 o Los libros de la frontera, entre otras. Este engrosamiento favoreció que desde espacios generados por el movimiento ecologista, como tal fuera de la escena libertaria —sin que esto excluya proximidades entre ambos, que siguieron existiendo—, se empezara a hablar también, entre otras muchas cosas, de las comunas rurales y de irse al campo.

Mario Gaviria, ecologista de referencia desde mediados de los setenta y autor habitual de artículos en las revistas de la contracultura ya citadas, entre otros foros, prologó la primera edición española de la novela *Ecotopía* (1980,) de Ernest Callenbach, donde lanzó un alegato a favor de irse al campo a crear ecocomunidades, en concreto, a la región de Bardenas, que él veía como un espacio privilegiado para el desarrollo de la energía solar y eólica, que encerraba la posibilidad de desarrollar un nuevo “medio rural” a partir de una nueva arquitectura, usando materiales locales, entre otras fantasías (Gaviria 1980: 8).

Más allá del fervor ecotópico de Gaviria, en el cambio de década encontramos otros ejemplos de cómo, desde el movimiento ecologista, se hace explícita una reflexión acerca de las comunas rurales. Entre ellos, dos libros publicados por la editorial Miraguano dentro de su colección Amigos de la Tierra: *Ecología y sociedad alternativa* (1979), de Humberto da Cruz,

a la sazón secretario general de Amigos de la Tierra España-AEPDEN, y *Autosuficiencia rural: nociones básicas para la vida en el campo* (1980), de los activistas ecologistas Jesús Vozmediano y José Luis García Cano, con prólogo de Da Cruz. En líneas generales, el enfoque de ambos hacia las comunas en el campo se encuentra en clara sintonía con los planteamientos postrománticos propios del giro pragmático del espacio libertario de finales de los setenta. En sendos libros se vuelve sobre algunos temas que ya aparecían en *Ajoblanco* y *Alfalfa* a propósito de la vida en el campo y temas de calado ecológico. Hacia el final del primer volumen, por ejemplo, Da Cruz escribe, en un tono muy similar al que podía encontrarse en ambas revistas, sobre la importancia de descentralizar los espacios donde se produce energía y donde se asientan las personas a fin de encontrar nuevos equilibrios entre la ciudad y el campo, sobre la importancia de desarrollar las energías blandas y sobre combinar todo ello con políticas laborales ecologistas, como reducir las industrias más contaminantes o recortar la jornada laboral media a treinta horas (Da Cruz 1979). El segundo volumen entronca más directamente con la cuestión de las comunas rurales y establece un diálogo desde el ecologismo con las experiencias de los comuneros de los años setenta, que se ponen en valor hasta el punto de que se expresa el deseo de aprender de ellas. El tono y el contenido del libro es muy parecido al del Ribas de 1980, cuando criticaba los tiempos más ingenuos de las primeras comunas, pero con un discurso que identifica que lo que hace de la vida en el campo algo radical y alternativo es el punto de vista ecologista (Vozmediano y García Cano 1980). Los principios básicos sobre los que se apoya el argumentario ecologista en este volumen son el trabajo cooperativo, el desarrollo de la agricultura biológica como ensayo para nutrirse y vestirse de un modo menos agresivo para el medio y los modos de gestionar la vida práctica en el campo a través de numerosos ejemplos de kits de montaje de "tecnología alternativa para el medio rural" (Vozmediano y García Cano 1980: 61), que fundamentalmente se plantean como un modelo de descentralización de los nodos de producción de energía. Se trataba de prototipos de molinos de viento y paneles solares, entre otros dispositivos, que estéticamente se alejan del tono pastoral de Sally Seymour y conectan con la parte más fría y práctica de los citados imaginarios ecologistas a la hora de promover e informar de la vida en las comunas rurales [Figs. 5 y 6].





Figs. 5 y 6: Imágenes de la tecnología alternativa para el medio rural del libro de Vozmediano y García Cano.

La aparición de este tipo de publicaciones y modos de enfocar las migraciones al campo desde el ecologismo evidencia dos cosas a nuestro parecer. La primera es que,

en el momento en el que la cuestión de las comunas rurales se hace explícita en el espacio ecologista autónomo, esto no supone una despolitización, sino que, al contrario, garantiza que el marco para promover dichas comunas mantenga una raíz crítica anclada en principios como la energía, el territorio, las tecnologías blandas y el antidesarrollismo. La segunda es que la aparición más clara del relato ecologista al respecto permite identificar una genealogía concreta con la raíz ecologista que los discursos libertarios alrededor de las comunas rurales tuvieron siempre. Una vez más, como dijo Montero, lo que los comuneros rurales de los ochenta —y antes— hicieron fue “poner en práctica las lecciones que el ecologismo lleva años proponiendo” (Muñoz de Bustillo 1978). Para seguir el hilo verde de esta historia resulta de utilidad seguir la huella de las ideas que dentro del espacio libertario adquirió el ecologista anarquista Murray Bookchin².

4. Murray Bookchin en la memoria del ecologismo

La cuestión de las comunas rurales nos sitúa en realidad ante un problema historiográfico y de gestión de la memoria histórica. Por un lado, dichas comunas encarnan unas aspiraciones utópicas que tienen que ver, en primer lugar, con el desarrollo de vías de socialización e intercambio entre personas, y entre estas y la naturaleza; y, en segundo término, con el establecimiento de unos puntos críticos comunes respecto al hiperdesarrollo de las ciudades, al productivismo industrial y al crecimiento basado en la economía fósil, todas cuestiones centrales para el ecologismo. Por otro lado, también es cierto que este tipo de iniciativas siempre han sido reivindicadas casi por unanimidad desde la memoria de la contracultura y del movimiento libertario renovado con el que entroncaba el anarcosindicalismo clásico en la época (Torres Rayan 1993), y no desde procesos de revisión de la memoria histórica del movimiento ecologista. Recordemos, por ejemplo, el caso de la exposición del Palau Robiri.

Esto se explica por, al menos, tres motivos. Algunos de carácter internos del propio movimiento ecologista que, en términos generales, desde los

años setenta ha concentrado sus esfuerzos en resolver conflictos atados a las urgencias de su presente, pensando en la posibilidad de tener un mejor futuro en lugar de mirar hacia el pasado y desarrollar políticas basadas en la memoria³. Otros son de tipo históricos y tienen que ver con que el espacio contracultural fue donde el movimiento ecologista se desarrolló más cómodamente en la mayor parte de territorios del Estado en los años setenta. Por último, encontramos razones historiográficas, como las ya apuntadas arriba acerca de cómo los relatos sobre la contracultura de la Transición se han elaborado mayoritariamente desde el espacio libertario, y en particular desde Barcelona, donde se centraliza buena parte de los ejercicios de memoria sobre los movimientos sociales de los setenta. Además, la mayoría de las veces se ha hecho señalando la especial centralidad de las experiencias de *Ajoblanco* y sus alrededores, lo que vincula las revisiones de la contracultura a las experiencias de estos casos particulares. Todo junto ha hecho que, aunque las revisiones desde la contracultura libertaria de temas como las comunas rurales, el naturismo y el ecologismo sean justas, sean también parciales e insuficientes, entre otras cosas, porque en ellas opera una dispersión de la intensidad con la que el componente ecologista brillaba en aquella época y que le llevó a ser determinante en la toma de muchas decisiones que afectaron a la evolución y a la gestión de las propias comunas, así como a sus imaginarios, como vimos a la hora de revisar las ilustraciones de Sally Seymour (1977) en el “Dosier Comunas” de *Ajoblanco*. El sentido ecologista de las comunas rurales cobra especial relevancia al revisar las ideas del filósofo ecosocial Murray Bookchin publicadas en la época, entre otras, en las páginas de *Ajoblanco* y *Alfalfa*.

Como recuerda Francisco Fernández Buey en un texto que explica en clave histórica los vínculos entre el movimiento obrero y el ecologismo de los setenta, el autor estadounidense se encuentra entre quienes dotaron al ecologismo de los sesenta y setenta de autonomía política y teórica, junto a Wolfgang Harich y Rudolf Bahro (Fernández Buey 1998). Entre todos ellos, Bookchin tuvo una especial presencia en los círculos libertarios hispanos de los setenta. Sus libros fueron traducidos de manera más o menos temprana, y en las revistas de corte libertario y contracultural —como *Ajoblanco*, *Alfalfa*, *Bicicleta*, *Libre pensamiento*, *Avenir*, *Polémica*, *Solidaridad obrera*, *Tinta negra* o *Tramuntana Butlletí*— se incluyeron artículos suyos y se reseñaron sus trabajos. Bookchin era por entonces una referencia constante de lo que se dio en llamar la ecología social.

Tras abandonar el sindicalismo e ir acercándose cada vez más al anarquismo, el autor desplegó sus intereses hacia la ecología. A partir de 1964 escribió ensayos muy leídos en nuestro contexto, como “Ecología y pensamiento revolucionario” (1964), “Por una tecnología liberadora” (1965) o “Hacia una sociedad ecológica” (1974). Si hay una idea que define la

teoría de Bookchin sobre la ecología social es que “los desequilibrios que la humanidad ha producido en el mundo natural son causados por desequilibrios que ella ha generado en el mundo social” (Bookchin 1978: 102). Por eso, para atajar los problemas derivados de nuestra relación con el medio natural, según él, debemos preocuparnos —en paralelo o previamente— de combatir las lógicas industriales de producción y desarrollo que median las relaciones sociales en el capitalismo. Desde estas posturas, se ocupa de cuestiones cómo el gigantismo de las ciudades, la quimicalización de la agricultura, la compleja búsqueda de equilibrios entre el campo y la ciudad, la descentralización de la producción energética, los límites de las energías renovables, la organización social en ecocomunidades y la reivindicación de una tecnología liberadora.

Lo cierto es que Bookchin no hablaba de comunas, sino de ecocomunidades, que serían comunidades integradas en ecosistemas concretos como solución para reordenar la humanidad más allá de las ciudades. En un pasaje de su texto “Por una sociedad ecológica”, el autor confirma su anhelo por:

descentralizar las ciudades fundando ecocomunidades completamente nuevas, que se adapten estrecha, y en cierto modo, estéticamente al ecosistema elegido. Subrayemos aquí que la descentralización no significa que la población se desparrame arbitrariamente por el campo, tanto a base de familias aisladas como de comunidades contraculturales. (...) La ecocomunidad se apoyaría en una tecnología de nuevo tipo, poniendo en marcha unas herramientas adaptables, susceptibles de varias utilidades y productoras de bienes duraderos y de calidad. Queda claro que no hablo en favor del abandono de la tecnología para volver a las cosechas paleolíticas. Muy al contrario, considero que la tecnología que tenemos no está lo bastante perfeccionada si la comparamos con esa ecotecnología a pequeña escala y muy adaptable que podríamos desarrollar y que, en gran medida, ya existe en forma experimental o en las carpetas de los ingenieros. Esta tecnología utilizaría las inagotables capacidades energéticas de la naturaleza —el sol y el viento, las mareas y los cursos fluviales, las diferencias de temperatura de la corteza terrestre y el hidrógeno que abunda a nuestro alrededor— para suministrar a las ecocomunidades unos productos no contaminados o productos, en todo caso, cuyos despojos sean fácilmente reconvertibles. (Bookchin 1978: 131)

Según Bookchin, para que la tecnología esté al servicio de la vida debe asentarse en la comunidad, conformarse a las necesidades de esta y mantenerse dentro de una escala regional. Si se desea que la tecnología funcione en una lógica alternativa, debería estar hecha en pequeñas unidades de producción —lejos del gigantismo industrial— que la gente pueda desarrollar y comprender, en la que se prescindiera de los especialistas y los técnicos. La gente sabría construirla y ponerla en funcionamiento.

Ideas como estas acerca de la tecnología y sus usos útiles en el marco de un proyecto político emancipatorio, y otras muchas más para las que nos quedamos sin espacio en este texto, tuvieron un eco notable en las páginas de *Ajoblanco* y *Alfalfa*, cuando, en una activación de la imaginación política ecosocial propia del segundo momento postromántico del desarrollo de las comunas, se plantearon vías para la vida colectiva en el campo a través de informaciones diversas, consejos y propuestas *DIY*. Por ejemplo, un fragmento del mismo volumen del que tomamos la cita anterior, titulado "Energía, 'Ecotecnocracia' y Ecología", fue publicado en el extra de verano de *Alfalfa* en 1978. En él se cuestionaban las lógicas de jerarquización epistemológica y de control de los medios de producción energéticos que se generan a través de la tecnologización de los procesos de trabajo en el campo y de los modos alternativos de producir energía y se apostaba por las tecnologías sencillas a escala de los seres humanos. El artículo estaba acompañado por las ilustraciones de la *Guía práctica ilustrada para la vida en el campo*, de Sally Seymour, envolviendo el discurso bookchiniano con una actitud realista y serena a través de unas vistas panorámicas de la vida autosuficiente en el campo, que rimaban además con el apartado previo al artículo de Bookchin, en el que se presentaban con dibujos de tipo sintético los kits de montaje de un secador, una nevera solar y una cocina noruega. Los utensilios para la vida práctica en las comunas rurales, la crítica ecosocial de Bookchin y las ilustraciones de Seymour componían una imagen del posibilismo ecologista en los órganos de la contracultura de la Transición [Figs. 7 y 8].

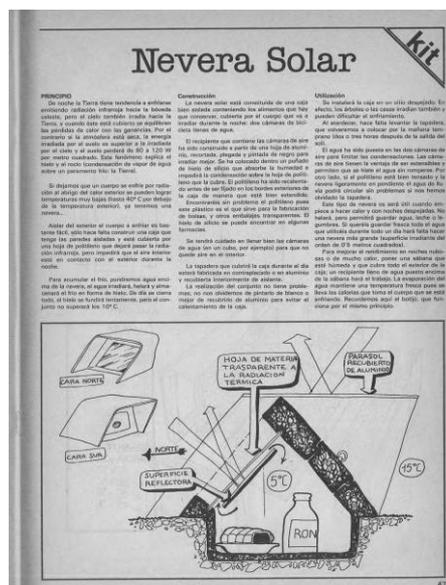


Fig. 7: Página del inicio del texto de Bookchin en el "Extra Ecología" de la revista *Alfalfa* en 1978.
 Fig. 8: Imagen del Kit de montaje de una nevera solar en el mismo número de *Alfalfa*.

Se trata tan solo de un ejemplo, una visión muy parcial, de ese hilo verde que atraviesa las revueltas y sus producciones culturales en la historia reciente de España, que se torna visible y cobra sentido en el marco de la cultura del ecologismo, como resultado de la lectura a contrapelo con lentes ecosociales de los relatos históricos de la Transición. Esta lógica se enmarca en una línea de trabajo más amplia que entronca, por un lado, con los esfuerzos por desarrollar en el espacio académico español las metodologías de las humanidades ecológicas y de las humanidades energéticas que funcionan como marco de interpretación cultural hace tiempo, fundamentalmente, en el ámbito anglosajón y, de modo más reciente, en nuestro país alrededor de los esfuerzos emprendidos por proyectos de investigación como *Estética Fósil* y *Humanidades Energéticas*, ambos radicados en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o *Humanidades Ecológicas y Transiciones Ecosociales*, en la Universidad Autónoma de Madrid, por citar solo algunos. Por otro lado, la activación de la mirada ecologista sobre las comunas rurales funciona en línea con la idea de desplegar desde fundamentos ecologistas una estrategia política de memoria histórica que permita tramar alianzas entre este espacio de movilización y otros, como los impulsados por los familiares y víctimas de la Guerra Civil y el franquismo, para contribuir, desde el ecologismo, a depurar la calidad democrática del Estado español y continuar las tareas de expansión del movimiento en línea con las lógicas del ecologismo no reductivo. En el cruce de ambos espacios se quieren volver a convocar los efectos del pensamiento utópico que inspiraron las comunas rurales de los setenta a fin de contribuir a la recuperación de la historia extensa del movimiento ecologista en el Estado español.

Bibliografía

Anónimo, "Dosier Comunas", en *Ajoblanco* n.º 28, 1977, pp. 25-43.

Berzosa, A., "Imaginario ecopolítico en el cine de la transición", en Cabañas, M. y Rincón, W., *Arte en colectivo. Autoría y agrupación, promoción y relato de la creación contemporánea*, Editorial CSIC, Madrid, 2023.

_____ *Materiales para una utopía ecologista. Cartografía de archivos del movimiento ecologista en España*, Icaria, Barcelona, 2023.

Beorlegui Zarranz, D., *La experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986): memoria, subjetividad y utopía*, [Tesis doctoral] Universidad del País Vasco, Leioa, 2016.

Bookchin, M., *Por una sociedad ecológica*, Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

Callenbach, E., *Ecotopía*, Trazo, Zaragoza, 1980.

Da Cruz, H., *Ecología y sociedad alternativa*, Miraguano, Madrid, 1979.

Fernández, J., *El ecologismo español*, Alianza, Madrid, 1999.

Fernández Buey, F., "Programas sindicales, intereses obreros y reivindicaciones ecologistas en la lucha por un mundo habitable", en Riechmann, J. y Fernández Buey, F. (eds.), *Trabajar sin destruir. Trabajadores, sindicatos y ecologismo*. Ediciones HOAC, Madrid, 1998, pp. 133-163.

Galán, L., "Antonio Saiz: 'Las comunas son posibles'", en *El País*, 14/11/1978.
https://elpais.com/diario/1978/11/14/sociedad/279846009_850215.html

Gaviria, M., "Crear una, dos... mil ecotopías", en Callenbach, E., *Ecotopía*, Trazo, Zaragoza, 1980.

López Ruiz, Julio, *El ecologismo político en España: de la crisis ecológica a la acción política* [Tesis Doctoral], Universitat de València, Valencia, 2012.

Malvido, P., *Nosotros los malditos*, Anagrama, Barcelona, 2004.

Marqués, J. V., *Ecología y lucha de clases*, Zero, Madrid, 1978.

Martínez Illa, S., *El Retorn al camp a Catalunya: els neorurals a la Garrotxa*, [Tesis doctoral] Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1986.

_____ "Utopia, espai i migracions utòpiques. El 'retor al camp'", en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, n.º 11, 1987, pp. 61-79

Muñoz de Bustillo, P., "Neorrurales: contra la corriente de despoblación rural", en *Ecologista*, n.º 93, 2017. <https://www.ecologistasenaccion.org/35175/neorrurales-la-corriente-despoblacion-rural/>

Nogué i Font, J., "El fenómeno neorrural", en *Agricultura y Sociedad*, n.º 47, 1988, pp. 145-175.

Ribas, P., *De qué van las comunas*, La Piqueta, Barcelona, 1980.

_____ *Ajoblanco. Los 70 a destajo*, RBA, Barcelona, 2007.

Ribas, P. y Casanovas, C., *L'underground i la contracultura a la Catalunya dels 70*, Terranova, Barcelona, 2021.

Rodríguez Eguizabal, A. B. y Trabada Crende, X. E., "De la ciudad al campo: el fenómeno social neorruralista en España", en *Política y sociedad*, n.º 9, 1991, pp. 73-86.

Schumacher, E. F., *Small is Beautiful*, Blond & Briggs, London, 1973

Seymour, J., *The Complete Book of Self-Sufficiency*, Faber & Faber, Londres, 1976.

Toledo Machado, L., "Los lugares utópicos de las comunas contraculturales en España (1968-1986)", en *Historia Contemporánea*, n.º 73, 2023, pp. 927-961.
<https://doi.org/10.1387/hc.23992>

Torres Rayan, M., "El anarquismo viejo y nuevo: La reconstrucción de la CNT, 1976-1979, en VV.AA., *Oposición libertaria al régimen de Franco, 1936-1975*, Fundación Salvador Seguí, Barcelona, 1993, pp. 653-674.

Varillas, B. y Da Cruz, H., *Para una historia del movimiento ecologista en España*, Miraguano, Madrid, 1981.

Vozmediano J. y García Cano, J. L., *Autosuficiencia rural: nociones básicas para la vida en el campo*, Miraguano, Madrid, 1980.

Notas

¹ Agradezco al/a revisor/a que participó en el proceso de revisión por pares que me diera a conocer estas referencias.

² La importancia e influencia de los trabajos del autor estadounidense se extiende hasta la actualidad por vías diversas en diferentes partes del mundo, ya sea en la vigencia de sus escritos, que en España siguen editándose en editoriales como Virus, Capitán Swing o Traficantes de Sueños; o en los planteamientos políticos del confederalismo democrático de Kurdistán. Esta última referencia recoge la reflexión de uno de los revisores anónimos de este texto.

³ Cabe señalar aquí que desde temprano ha habido excepciones al respecto, como el texto de Josep Vicent Marqués (1978) reclamando que se exigieran responsabilidades al franquismo por sus atentados ecológicos. Merece la pena señalar también la existencia desde los años ochenta de centros de documentación y archivos donde cuidar de la historia del movimiento, como el Fons de Documentación del Medi Ambient de La Casa Verda en Valencia. A estos ejemplos se les unen más recientemente iniciativas de preservación de los fondos documentales puestos en marcha por diversas agrupaciones ecologistas, como Ecologistas en Acción o Asociación para a Defensa Ecolóxica de Galiza (ADEGA), entre otros. Estos y otros casos pueden consultarse en Berzosa (2023).